

III CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

Aseo

MENCIÓN NEBRIJA:

Carola Chiloeches Mena

Alumna de la Doble Licenciatura en Derecho y Periodismo
Universidad Antonio de Nebrija

2 0 0 7

Es difícil entrar en esos habitáculos. Un metro cuadrado de paredes de laca blanca, suelo de terrazo, un inodoro y un mango atado a una correa, que cuelga del techo. Al ser públicos, evitamos estar en ellos durante más de dos minutos; colgamos el bolso en el garfio y rezamos porque no caiga a lo que llamamos el vacío, un mar donde hay orín, restos de barro, tiras de papel higiénico y adhesivos de compresas.

Cada día besamos, manoseamos a la gente, nos sentamos en la silla que otros han ocupado en el autobús, e ingerimos la comida preparada por dedos ajenos a los nuestros, sin embargo, somos escrupulosos a la hora de sentarnos en una taza de cerámica.

Niña, no te apoyes; es mi abuela, pobre, la convencieron de que los niños no venían de París, que los cigotos los creaba Roca, el alquimista, en los aseos; pero yo he nacido en la era de la ciencia, que va muy unida al asco; ese asco, la náusea, es lo que nos mueve a guardar el equilibrio para no rozar la cerámi-

ca de la letrina. Horror a una sala aséptica, donde suenan canciones decadentes de Antony and the Johnsons, una luz de quirófano alumbrándote, enfocando cómo orinas, y el goteo de un grifo, las tuberías, el roce de la cisterna en tu espalda.

Tienes frío, más que en la calle, dudas al subirte los pantalones, temes arrastrar algo que no es tuyo en la ropa interior. Es por eso, que aplico los trucos de la abuela, y precinto el inodoro con tiras de papel higiénico, con paciencia, no dejando un hueco sin cubrir. Cuando no hay papel, que es casi siempre, debo levantarme y andar unos pasos hasta el bolso, caminando como un pingüino, para buscar los pañuelos de usar y tirar; entonces si que se convierte en un puzzle, la taza se llena de fichas de dominó, y cuando me siento, siempre cae alguno. No importa cuánto te esfuerces en ponerlos derechos, en no dejar espacio entre unos y otros, en sentarte con cuidado, sin verter toda la fuerza sobre ellos, se cae uno y notas un escalofrío en el centímetro de muslo desafortunado; aparece el asco, la sensación de suciedad, la arcada.

Llevo todo el día sin pasar al servicio, pero puedo aguantar hasta llegar a casa. Golpeo el bolsillo del pantalón, esperando oír el ruido de las llaves del coche, cuando veo que asoma la pantalla del móvil, con una perdida de Javier. En ese momento veo la caseta de piedra y siento el impulso de encerrarme en el aseo a discutir con él, de gritarle cuánto me irrita, lo que le odio, que no le quiero, que le amo, y que le espero aquí, lo siento. Empujo la puerta metálica, me apoyo en el lavabo, y le llamo, mientras ensayo en el espejo; he pulsado su nombre, pi pi pi, comunica. Hace frío, elijo un servicio al azar y entro. Bajo la tapa, me siento, leeré el periódico. Es el diario de la Universidad Antonio de Nebrija, aquí no hay jerarquía, no tenemos director, editor o jefe de contenidos; no existe organización, el sistema es

anárquico; la autarquía funciona, en lugar de pliegos de papel, los artículos se imprimen en la contraportada de las puertas de los baños, y sólo necesitamos un bolígrafo que aporta cada uno. Quien escribe de política, tiene libertad; veo un anarquista, izquierda, derecho, centro; se pisan entre ellos e intentan apretar más su bolígrafo para que su partido sea el titular al día siguiente, pero no son separatistas; no hay un baño de izquierdas y otro de derechas, conviven. Cubrimos tantas áreas, como periodistas especializados tenemos, sin embargo, siempre han triunfado tres secciones: el doctor amor o sección de contactos, el diario de condolencias, también llamado “el yo estuve aquí” y el área proverbios, para aquellas poetas mediocres. Veo que han estado Macarena, Paula, José con Marta, otra vez José con Marta, Rocio (le corrijo la tilde), no seas puta, cerda de mierda; creo que empezamos a necesitar un corrector de estilo. De los proverbios, no hablaré, no los soporto, y no admitimos la censura.

Javier no llama; cabreada, agarro el bolso y salgo del servicio, espera, no, no salgo, la puerta no cede, es el pestillo, se ha roto. Me separo y empujo de perfil, doy una patada, me hago sangre trasteando el cerrojo, desprendo las horquillas de mi pelo, pruebo, no sé cómo funciona, cómo hay que girar o dónde debo introducirlas, pero siempre debes usar una tarjeta de crédito o una horquilla.

Grito, saco el móvil del bolsillo del abrigo, la batería en rojo, me avisa y se apaga. Son las ocho, no queda nadie en la universidad, si dejo de pulsar el botón blanco, la noche cubre el aseo.

Sentada en la taza, con las piernas separadas, cuento el número de baldosas: seis por ocho, el compás que no supe medir en solfeo, con una flauta en la mano izquierda, y mirando el suelo del aula, sin saber que el plumero aún estaba dentro.

Aquel día, mientras la alemana marcaba el ritmo con el pie, yo buscaba figuras en el conglomerado; ahora sólo encuentro flechas que indican la salida, tal vez osos de peluche, y tijeras cortantes; el terrazo se parece al gotelé y a la ensalada de nubes, a lo mejor, a los recuerdos de escuela. No olvido las tres de la tarde en el colegio, dormíamos plácidamente con las bombas de la segunda guerra mundial cayendo en la pizarra y muchos reyes traídos de un pasado tan lejano, que se escribía en números romanos; hasta que Adelina consideraba intolerable la suma de ruidos de cabezas golpeando las mesas como piedras, al son de un coro de bostezos; y tenía dos opciones: colocarnos en un pelotón de cara a la pared, y cuando no quedaba más pared, contar una historia que nos dejara mudos. Así, el día que llegamos a la descendencia de los reyes católicos, empezó a hablar muy bajito, meciéndonos con su voz, envolviéndonos en un sopor hasta dormirnos. Entonces subió el volumen al máximo y habló del parto de Juana la loca.

Era una noche de fiesta y jarana en palacio, ella se contoneaba con la elegancia que luce una embarazada con un vestido pomposo adaptado a aquella sandía redonda que le había ido naciendo de la tripa; y del exceso, las reverencias, los saltitos en el baile, no pudo aguantarse las ganas de orinar. Cuando aposentó su trasero en aquella taza alta, de maderita con brocados, engalanada de terciopelo rojo y con una vacinilla de plata, que más parecía un trono que otra cosa, apretó y Carlos resbaló por entre sus piernas, hasta quedar encajado en el orinal.

En ese momento, entró en éxtasis, jamás había logrado tal atención, quórum; se levantó de su asiento, se quitó la chaqueta de ganchillo, apretó sus gafas contra la nariz y empezó a cotillear como una maruja en el patio de luces; olvidando los brazos en jarra y moviéndolos como un orador.

Isabel de Inglaterra, ella fue la primera en utilizar un wáter con cadena, y Catalina de Rusia, Catalina, tan fina, que se construyó un retrete con una habitación debajo, donde sirvientes le aseaban una vez había aliviado sus necesidades. Y ese Luis XIV, El Rey Sol, de quien se dice que sólo se bañó dos veces en su vida y por prescripción médica; quien recibía a sus visitas sentado en el retrete y después les solicitaba su opinión sobre la calidad de sus maravillosos deshechos. Por último, la Pompadou de Luis XV, quien se hizo construir una verdadera poltrona real para escribir sus cartas ¿de amor?.

Yo pensaba que antaño no existía tal culto al cuerpo, que el campo y una piedra eran suficientes para cumplir los trámites de la digestión, así que pregunté por el invento del inodoro. La maestra volvió a tender su edredón a lo largo de la clase, dando paso a la nana, leyéndome la enciclopedia. En resumen, el tema de la paternidad de tal elemento era complicado. Creta, La India, Egipto, los romanos, todos se sentaron en la cerámica para aquellos menesteres, pero llegado el renacimiento perdimos la higiene y nos dimos al agua va; los plebeyos, claro.

Contar historias me ha entretenido un rato, pero es éste olor, necesito vomitar. Separo más las piernas y agacho la cabeza, no quiero arrodillarme en el suelo, está perdido de barro, orín y miguitas de pan. Vomito una, dos, hasta tres veces, me quedo sin luz a media arcada, estiro la mano, pulso el botón, 60 segundos de margen. Saco la botella de agua de mi bolso, trago y arriomo la cabeza a la puerta.

Me levanto, bajo la tapa, me siento, abro las piernas y golpeo el móvil contra ella, lo destripo, y al mirarlo, parece aún más inútil que antes. Con manos de pianista, coloco la tarjeta, la batería, lo cubro con su carcasa, y cierro los ojos, que encienda, que encienda. Presiono el botón, fuerte, hasta hacerme daño en

la yema del índice, hay luz, bien. Necesita tiempo, quiere dejarlo. No lloro, no hago nada, miro la puerta y encuentro mi nombre junto al suyo.

No pienso en llamar para pedir ayuda, cuando lo hago, es tarde, el móvil se ha apagado y no vuelve a encenderse.

De repente no me importa la mierda, me tiro al suelo, resbala, intento pasar por debajo de la puerta arrastrando en mi camiseta todo lo que antes me ha hecho vomitar, pero no quepo, el hueco es de quince centímetros, quince; otros servicios tienen trampillas en las que caben manadas de elefantes con una bailarina encima, haciendo equilibrios ayudada de una pértiga; pero en este, ni siquiera yo, o un langostino de perfil.

La claustrofobia me invade, crece, y el miedo, el asco, más nauseas. Pienso en la gente que ha muerto en retretes, el olor a podrido, el perfume que gastarán los operarios de la funeraria al encontrarlos, las partículas desagradables que deberán barrer con un pincel, cuando descubran sus cuerpos desparramados en las baldosas de un servicio; o los gramos de maquillaje que usarán para cubrir las caras que quedaran bocabajo, pegadas al suelo. Imagino los velatorios con el urinario de Marcel Duchamp, sustituyendo la imagen del difunto.

Intento hacer una lista de personajes tendidos en baños, de las posturas en las que quisieron morir: abrazados al inodoro, tumbados sobre él, tirados en el suelo, encogidos, extendiendo una mano hacia el exterior, atravesando el agujero, ese que no ha dejado escapar a mi cuerpo.

Y el ambiente, denso, la sangre corriendo por entre las juntas, una fotografía de su novio entre los dedos, de una mujer, de su perro Spike; las cápsulas rodando por el suelo, las de Judy Garland en aquel hotel de Londres, con el “Over the Rainbow”

sonando en una cajita de música. Mi hermana tenía ese joyero, era color caoba; se abría y Dorothy se despertada con el vestido azul, el mandil y los zapatos rojos, brillantes; así se incorporaba, girando sobre sí misma, triste, mareada, dejándose llevar; naciendo y muriendo cada vez que alguien abría o cerraba la cajita; hasta que una noche papá cortó el cordón umbilical que unía la muñeca al recipiente, que se convirtió en su ataúd. Así murió, imitando a Judy, la de verdad, aquel Junio del 69.

¿Y el Rey? Su reino por un trono, por una taza en el aseo de su mansión de Memphis; aquel cuartucho lujoso y sesentero de azulejos marrones con cenefas de rombos y flores color mostaza. Pienso en la escena tomada desde una polaroid. El vapor, la asfixia, el grito de su novia al abrir la puerta atrancada por el cuerpo pesado de Elvis, abrazado por un corsé y una faja reductora y decorado con lacasitos de colores, las píldoras que le sobraron al morir; el ruido del ventilador.

Y así va llegando Pánico, han pasado seis horas, recuerdo La cabina, mi retrete, el hombre ahorcándose con el cable del teléfono; podría arrancar la cadena que tira de la cisterna y hacer un lazo en mi cuello. Así, y tirar.